

DIARIO DE LEÓN, 27-05-1990

Agustín García Calvo, profesor de latín, poeta, es lo que alguien llamaría «buena gente», aunque a él le guste más sin adjetivo, y aunque alguien piense que ese no es el adjetivo. Delante de una taza de café y un vermú, en una cafetería semiviva y ocasionalmente ruidosa, su charla resulta casi cómplice. Avanza rápido por entre las ideas y las palabras hacia la realidad, el «no»; suenan sus palabras sobre el ruido de los vasos y la presión de la cafetera, la entrevista no llega a tal y se vuelve conversación.

¿Existe todavía la utopía?

Se ha hablado mucho estos años de la utopía, esa es una prueba de existencia, porque como llamamos existir a eso que pertenece a esta realidad que nos venden como tal y de la que he estado declarando que es tan falsa como real, entonces cualquier cosa de la que se habla mucho y esta juega por ahí como la utopía, es evidente que forma parte de esa realidad. Esto quiere decir que está integrada, domesticada, como tal idea de utopía. Otra cosa es que dejemos la palabra al lado y pensemos en aspiraciones a otra cosa distinta de esto; entonces hay que distinguir entre el estado, el capital y sus representantes, que lo que tienen es un ideal de futuro, una fe, una creencia de que hay un camino, y luego pues las ensañaciones, los recuerdos de otra cosa que sigue viviendo por debajo la gente común y que nunca llamaría yo utopía, simplemente es un testimonio permanente de esta realidad falsa y de que siempre se puede pensar y soñar en otra cosa.

¿Cuál es la aspiración concreta del hombre en cuanto comienza a moverse por la vida, por el mundo?

El hombre con mayúscula es lo mismo que el hombre con minúscula, en cuanto que hombre quiere decir individuo; ambas cosas son abstracciones. El hombre en cuanto ente abstracto está condenado a ser lo que ha venido a ser y a todo este desarrollo de estado y capital. En la actualidad, actualidad que como antes estaba diciendo (en la conferencia) representa la eternidad, aparte del hombre mayúsculo y minúsculo, hay gente, hay pueblo, y entonces los deseos de ese pueblo son deseos de vida y de verdad, es decir, lo contrario de aquello que les venden como sustitutos.

EL FUTURO ES UN INVENTO

Si el futuro y la escritura están de parte del poder, ¿por qué el hombre sigue siendo un animal literario?

La historia comienza, como tradicionalmente se dice, con la escritura; desde ese punto de vista, en cuanto entes históricos, los individuos y las masas de individuos son efectivamente de letras en el peor sentido. Otra cosa son las posibilidades de la utilización de la lectura y la escritura para cosas que no sean las que estén mandadas. Tengo cierta confianza: aunque escritura y lectura tienen unos destinos muy determinados por el poder, de vez en cuando sirven para otra cosa, sirven para lo menos previsible, sirven para descubrir las mentiras de la realidad. Lo del futuro era otro cuento, el futuro es efectivamente un invento fundamental del poder. Eso de hacernos creer que hay un camino por el que marchamos y que por tanto no cabe más que hacer lo que ya esté hecho, eso sí que es un invento típico del poder, contra el que el pueblo no puede hacer sino rebelarse.

¿En qué medida puede influir en el hombre, en el pueblo del futuro la desaparición de la enseñanza de las lenguas y las culturas clásicas?

Con lo que está pasando ahora, lo primero es recordar que no es nada nuevo. Yo hace más de cuarenta años que llevo en la enseñanza y he visto que siempre pasaba lo mismo: cada nuevo plan de estudios quitaba un poco más del latín; un proceso por otra parte interminable, porque si uno lo llegara a quitar del todo, entonces el próximo ministro no sabría qué quitar y por tanto el plan no podría tener ese cariz de progresista que le da el quitar un poco del latín a cada nuevo plan. Son trivialidades. Yo no creo que, desde hace ya tiempo, siglos, la enseñanza de las lenguas clásicas esté haciendo nada eficaz, pero lo importante es que se trata de sustituir el aprendizaje de técnicas, por ejemplo, el manejo de las lenguas muertas, la lectura, la escritura –latín, griego– por cosas ideales como la cultura antigua, el mundo romano, el mundo griego, la herencia de Roma o de Grecia; todas esas cosas que en la mente de los legisladores podrían bien sustituir a cosas no sólo difíciles, sino muy contrarias al espíritu de estos tiempos, como son aprender lenguas muertas y dedicarse a penetrar en profundidades de la gramática.

Hay quien dice que ha cambiado todo y que todo ha cambiado mucho, sobre todo en la Universidad, pero ¿cómo se ve esa realidad desde la Universidad?

En primer lugar, en cuanto al cambio general no hay que olvidar que el sistema cambia precisamente para seguir siendo el mismo. El mantenerse idéntico consigo mismo sería trabajoso y poco productivo. El invento del cambio no quiere decir conversión en otra cosa, no quiere decir nada radical; el invento del cambio sirve justamente para seguir siendo lo mismo. Y en la Universidad pasa como en otras partes, con algunas peculiaridades. Hace veintitantos años cuando la gente estudiantil empezó a levantarse por el mundo, en los países desarrollados desde aquí a Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, hubo una remoción y entonces, cuando vino la recuperación, el estado y el capital se apresuraron a hacer cosas como mandar las universidades a donde Sansón perdió el flequillo, multiplicar los planes de estudio, integrar cosas que parecían muy sociales y muy marxistas. En fin, ya se sabe, desde el punto de vista del aparato ese ha sido el cambio y lo más maravilloso es que con ese cambio y con las demás formas de expresión los muchachos siguen viviendo en una gran cantidad, que nunca es la mayoría, y

vienen todavía a los dieciocho y a los veinte años, despiertos, vivos. Esto es muy maravilloso, después de haber sufrido catorce o quince años de imposición pedagógica. Esto es consolador, el alivio y lo que me hace que, desentendiéndome de cualesquiera planes y modificaciones del aparato, todos los días encuentre en las clases de lingüística, de fonética, de métrica, charlando con ellos, un consuelo.

¿Se aprende a decir sí o se aprende a decir no?

Nos enseñan a decir sí, aunque a veces sea bajo la forma aparente del no. Eso es lo que se aprende, pero por debajo está la enseñanza más profunda que es la del propio lenguaje, la razón común, que es la que sabe, a pesar de todo, decir no.

¿Entre el «sí» y el «no» queda la verdad o el engaño?

La verdad ni yo mismo, ni nadie, puede decirla; lo que se vende como verdades son precisamente mentiras. Cuando digo que lo que el pueblo sabe decir es no, estoy diciendo precisamente que la construcción de la realidad, la falsificación es propia del poder y que propio de la gente de abajo es dudar de ello y tratar de destruirlo por medio de ese no.

¿Cuál es la mayor mentira en que se ve sumido el ser humano?

La más penetrante yo creo que es la que he estado tratando de realizar hoy; eso de que cada uno tenga que creer en sí mismo y que creyendo en sí mismo, como una realidad, esté precisamente colaborando con lo que ellos le mandan; que uno tenga que creer que hace lo que quiere, cuando realmente esté haciendo lo que está mandado.

*Entrevista en Diario de León
27-05-1990
por Félix C. Fernández López*